

*La vida en México durante una residencia
de dos años en ese país*
por la Marquesa Calderón de la Barca*

Presentación

La obra escrita por la dama escocesa Frances Erskine Inglis, esposa del primer embajador español a México y más tarde embajador también en los Estados Unidos, es sin duda un clásico de la literatura viajera del siglo XIX en México. La descripción de una mujer inteligente, culta y preparada, tiene el mérito de asomarnos a la vida cotidiana del México de la primera mitad de siglo XIX, pero más aun, nos revela también una sensibilidad femenina decimonónica que lo mismo describe el menú de la comida que las características de las fábricas y las minas.

La selección que aquí presentamos destaca desde la presencia de una dama europea que por primera vez visita México, el mundo del campo y la minería mexicana en ese periodo. Se trata de una descripción de la zona de Huasca, y Real del Monte, así como de la hacienda de San Miguel, propiedad del Conde de Regla (hoy estado de Hidalgo). La marquesa describe con entusiasmo la magnificencia del paisaje, lo colosal de las construcciones y el encierro de las esposas de los mineros. Nos lleva así a los mundos de la naturaleza, del trabajo y de la domesticidad del México del siglo XIX. La mirada femenina desde

* La selección que aquí presentamos está tomada de la primera edición en español de *La vida en México*. Se trata de la Carta 17 "Jornada a Real del Monte" (mayo de 1840), de la Marquesa de Calderón de la Barca (Frances Erskine Inglis), *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, trad. Enrique Martínez Sobal, Prol. Del Marqués de San Francisco, México, Viuda de Charles Bouret, 1920, pp. 262-271. Fue originalmente publicado en Londres en 1843 con el título *Life in México During a Residence of Two Years in That Country*.

donde está planteado el relato explica probablemente el éxito de la obra, publicada por primera vez simultáneamente en Boston y en Londres en 1843¹. Su libro cuya publicación apoyó William Prescott, tuvo enorme difusión en el mundo anglosajón y autores como Richard M^o Sherry² y varios otros la citaron ampliamente. Se publicó en español por primera vez en 1920³ y, en 1959, apareció una segunda traducción hecha por Don Felipe Teixidor⁴. Aquí hemos usado la primera edición de 1920.

C.R.E.

* * *

Tepenacasco

Nos levantamos en Guasco a las cuatro, nos vestimos a la luz de las velas, tomamos chocolate y salimos para Real del Monte. Caminamos durante algunas leguas sintiendo regular frío, y no pudimos sino regocijarnos cuando salió el sol, y despejando la diáfana neblina, acarició con su alegre luz los bosques y las montañas. Los árboles, verdes y refrescantes, merced al baño de la noche anterior, las rocas chispeando reflejos de plata; la mañana, que brillaba nítidamente, las hojas y las flores que ostentaban las titilantes gotas de la pasada lluvia, tal era el espectáculo que nos rodeaba, mientras el coche ascendía lentamente por el camino que a través de las montañas ha abierto la compañía inglesa, obra hermosa y útil, y la primera

1. Erskine Inglis Frances, *Life in México during a residence of two years in that country* by Mme. Calderon de la Barca. In two volumes. Boston: Charles C. Little and James Brown 1843.
Erskine Inglis Frances. *Life in México during a residence of two years in that country* by Mme. Calderon de la Barca. London: Chapman and Hall, 186 Strand, 1843 1 Volume.
2. M^o Sherry Richard. M.D. USN. *El Puchero of a Mixed Dish from México Embracing General Scott's Campaign with Sketches of Military Life, in Field and Camp, of the Character of the Country. Manners and Ways of the People, etc.* By Richards M^o Sherry M.D. U.S. Late Acting Surgeon of Regent of Qarises. Philadelphia: Lippinob, Graslo and Co, Succesión to Greig, Elliot and Co, 1850.
3. Marquesa Calderón de la Barca (Frances Erskine Inglis) *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*. Trad Enrique Martínez Sobul. Prólogo del Marqués de San Francisco. México. Vda de Charles Bouret 1920.
4. Teixidor, Felipe "Prólogo" en Frances Erskine Inglis, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*. México: Porrúa, 1959.

senda suave y ancha que he visto en la República. No sino hasta que se le hizo dejaron de verse centenares de mulas que diariamente acarrearán el mineral desde las minas sobre un peligroso desfiladero de la montaña, hasta la hacienda de Regla, situada a unas seis u ocho leguas de distancia. Atrás dejamos carros que conducían madera para las minas de Real del Monte, situadas a nueve mil pies de elevación sobre el nivel del mar.

El panorama es magnífico—. De un lado, montañas vestidas de encinas y de pinos allombradas con flores de los matices más brillantes; cabras que trepan por las rocas perpendiculares y nos observan desde la altura de sus miradores; arroyuelos frescos y claros que saltan y juegan de roca en roca, y aquí y allá chocitas de indios que se dirían suspendidas entre los acantilados; del otro lado, el profundo valle con sus selvas añosas y su espumante río, mientras que allá arriba, lejos, sorprendemos una vista de Real del Monte con sus oblicuos techos y su gran iglesia que se yergue en el corazón mismo de los bosques y las montañas. Comenzamos a ver gente de cabello rubio y de ojos azules y tuve grandes tentaciones de saludar, como a un compatriota, a un individuo que ostentaba una greña de ígneo cabello rojo y punteaba un instrumento netamente escocés—. Los indios se veían aquí más limpios que en Méjico y sus inmediaciones, y no estaban sino semidesnudos—. Toda esta comarca, lo mismo que las minas, perteneció en pasados tiempos al Conde de Regla, caballero por tal manera rico que, cuando se bautizó a su hijo, el actual Conde, los invitados caminaron sobre lingotes de plata de la casa a la iglesia—. Habiendo reñido la Condesa con la Virreina, le envió en señal de reconciliación una babucha de raso blanco enteramente cubierta de grandes diamantes—. El Conde invitó al Rey de España a visitar los dominios mejicanos de la corona española, asegurándole que los cascos del caballo de Su Majestad no pisarían sino sobre plata maciza desde Veracruz hasta la capital—. Bien pudo haber habido jactancia en esto; pero una prueba más segura de la riqueza del de Regla se encuentra en el hecho de que mandó construir en La Habana dos navíos de línea de los más grandes, todos de caoba y cedro, y los regaló al Rey. El actual Conde, según ya os lo he dicho, estuvo casado con la bella hija de la Huera Rodríguez.

Llegamos a Real del Monte a eso de las nueve y cabalgamos hacia la casa del Director que es extremadamente linda, y desde la cual se contempla un extenso panorama. Allí encontramos un hermoso fuego que ardía en

la chimenea, cosa por extremo agradable, pues la mañana estaba un tantico fría y además, porque daba a la sala cierto aire de hogar doméstico y de confort de lo más aceptable. El Director, que lo es Mr. Rule, y su esposa, nos recibieron con toda cordialidad y nos invitaron a participar del más delicioso desayuno que he gustado desde hace mucho tiempo, mezcla feliz de lo inglés y de lo mejicano—. El mantel, de nivea blancura, la humeante tetera, los bizcochitos calientes, los huevos frescos, el café, el té y las tostadas representaban la parte inglesa, en tanto que no faltaban substanciosos platos a la española y deliciosos quesitos frescos de crema, a todo lo cual hicimos los honores como correspondía.

Después del almuerzo salimos a visitar las minas, ya era cosa curiosa al ver niños ingleses, limpios y bellos, con su cabello blanco, sus mejillas sonrosadas y sus lindos sombreritos de paja, confundidos con los inditos de color bronceado. Visitamos las diferentes obras, los aparatos para ascerrar, el tono giratorio, la fundición, y supe no sin contrariedad grande que no podíamos bajar a las minas. Fuimos hasta la boca del socavón llamado de Dolores, que tiene una abertura muy estrecha y la cual se baja por medio de escaleras perpendiculares. Los hombres descienden llevando en la cabeza un gorro de forma cónica, en el cual está sujeta una vela de sebo encendida. En el gran socavón, llamado de Terreros, bajan por medio de estas escaleras hasta una profundidad de mil pies y de trecho en trecho descansan en plataformas dispuestas para el efecto—Hubimos de contentarnos con verlos bajar y con admirar y contemplar las diferentes obras que ha realizado aquí la energía británica: las varias máquinas de vapor, los edificios para la separación y el lavado del mineral, los grandes almacenes, talleres, oficinas, etc. . Casi todos los trabajadores son del Reino Unido, y se da preferencia a los de Escocia. La mayor parte de los mineros son indios que trabajan en cuadrillas y cuya compensación consiste en la octava parte de los productos. El Director dió algunas muestras de plata que tomó de los grandes montones que se forman con el mineral, chispeantes montones, como el tesoro de algún mago del Oriente.

Aun cuando no descendí al interior de las minas, podría haceros una descripción de ellas, basándome en los datos que recogí de oídas, y no me sería imposible atestar mi carta con cifras para que os formaseis concepto de la importancia de la producción actual y la comparáseis con la de pasadas épo-

cas. Podría relataros el viaje que don Lucas Alamán hizo a Inglaterra, en el que despertó, como encanto, el entusiasmo de los ingleses; y os diría que el oscuro y profundo abismo de la especulación ha ido devorando fortunas una tras otra; sabrías que las más risueñas esperanzas se han visto chasqueadas, que la causa de tales desencantos ha consistido en la falta de azogue, metal que ha llegado a pagarse a razón de ciento cincuenta duros, al contado, por quintal, mientras que antes el gobierno español lo daba a cincuenta duros; y os hablaría de los montones de plata que yacen abandonados a causa de que el coste de la adquisición del azogue no hace productiva su explotación; podría repetiros las opiniones de las personas a las que he oído discutir acerca de este asunto y las cuales se admiran de que, siendo el caso como es, no se haya hecho arreglo alguno con el país que tiene casi el exclusivo, monopolio del mercurio, por medio del cual arreglo habría sido empresa fácil la de obtener ese metal a bajo precio y esta masa inmensa de riqueza, desperdiciada ahora, se hubiera rescatado—. Mas para que os informéis de todos estos particulares, no puedo hacer cosa mejor sino recomendaros la lectura de Humboldt y de Ward, que tratan el tema científicamente y no he de molestaros con observaciones superficiales acerca del mismo—. Debo confesaros, con toda ingenuidad, que mi atención era solicitada frecuentemente, no tanto por las minas y las máquinas y las obras del hombre, y las discusiones a ellas atañedoras, cuanto por el estupendo espectáculo natural que nos rodeaba: las selvas inexploradas que viste las montañas hasta sus cumbres mismas, los torrentes que saltan y brillan a la luz del sol, los profundos barrancos, el follaje que ostenta todos los matices, las rocas enhiestas y sobresalientes—. Todo se combina para aumentar nuestra admiración hacia la generosidad con que la naturaleza se ha conducido en favor de esta tierra privilegiada, a la cual ha dado “toda yerba que produce semilla y todo árbol agradable a la vista y bueno para la alimentación”, en tanto que sus venas se encuentran henchidas de ricos metales preciosos y que, en suma, lo útil como lo bello, ha sido brindado a México con mano providente.

Hubimos de abandonar Real del Monte a las dos de la tarde, porque teníamos que hacer un largo viaje antes de que anoheciera, pues era nuestra intención ir a dormir a Tepenacasco. Nos despedimos de nuestros hospitalarios huéspedes y de nuevo comenzamos a viajar por estos hermosos caminos, mucha parte de los cuales han sido tallados en rocas de pórfido. Y

cuando, al volver nuestros ojos, contemplábamos por despedida la pintoresca colonia, brillante con los rayos del sol, apenas podíamos dar crédito a los augurios de nuestros guías, que, más experimentados que nosotros, presagialan una tormenta para antes del anochecer—. Nos resistíamos a creerlos, porque estábamos resueltos a no pasar por la famosa hacienda y barranca de Regla sin hacerles una postrera y corta visita.

Esta obra estupenda de los mineros mejicanos de pasadas épocas se encuentra algunas leguas al Sur de Real del Monte y de ella se dice que costó muchos millones de duros—. Hay que verla, como la vimos nosotros, en medio de la tormenta, porque tiene cierto aire de inmensidad y desolación, majestuoso al mismo tiempo, que armoniza muy bien con la furia de los elementos—. Allá está, debajo de nosotros, en el fondo de escarpadísimo barranco, circundada de acantilados de basalto; es una imponente masa de edificios que se dirían contruidos por algún ciclope o por un filosófico nigromante, de tal suerte que lo menos que espera uno hallar en su recinto es un director de nacionalidad inglesa, con su mujer, y las nada poéticas comodidades del carnero asado y las patatas.

Todo es allí gigantesco: los inmensos almacenes abovedados, para la guarda del mineral; los grandes hornos de fundición y los edificios cubiertos en los cuales vimos funcionar el procedimiento de la amalgamación; las ruedas de agua, y en suma toda la maquinaria precisa para la fundición y la amalgama del metal—. Anduvimos para ver la gran cascada, que forma la corriente después de pasar por entre hileras de columnas basálticas, y en uno de los pilares hallamos sitio a propósito cerca del espumante río, desde el cual disfrutamos de la vista de los acantilados enhiestos, cubiertos con la vegetación más salvaje y lujuriente: lianas que se arrastran por todas las hendeduras, musgo que trepa por las enormes rocas dislocadas, y árboles que se balancean sobre el barranco vertiginoso—. Las columnas os hacen la impresión de aquellas que en el valle de Senaar empezaron a construir los que pensaron desafiar al ciclo—.

Pero mientras que estábamos sentados allí, el ciclo se encapotó repentinamente, enormes masas de nubes se conglomeraron sobre nuestras cabezas, y a la distancia se dejó oír el estampido del trueno, dándonos noticia de que la tempestad se avecinaba. Apenas dispusimos del tiempo necesario para buscar abrigo bajo el techo hospitalario del Director, pues pronto se

empezaron a oír los retumbos del trueno en las cercanías, entre las rocas, y no tardaron en caer torrentes de lluvia. Fué una tormenta espléndida: el relámpago se encendía entre los árboles, el viento bramaba con furia, en tanto que

“Allá lejos,
De pico, entre las grietas
Zumbantes, saltaba el rayo vivo...”

Después de descansar y de comer en medio de las corrientes formadas por aquel diluvio y de los vientos que mugían y de los truenos de profundo tono, fue preciso convencernos de que era vana la esperanza de que sobreviniese algún cambio favorable en el tiempo; y ciertamente que con cocheros menos experimentados habría sido temeridad el lanzarnos, como nos lanzamos, a través de la obscuridad y de la tormenta, bajando por desfiladeros empinados y atravesando torrentes crecidos. El Conde de Regla, que atraído de la abundancia de agua que hay en este barranco tuvo la idea de emplear parte de su enorme fortuna en la construcción de estas obras colosales, debe de haber estado dotado de espléndida imaginación. Los directores ingleses, cuyas esposas se encierran en la soledad de estos abismos, deberían profesarlas mucha más gratitud de la que suelen inspirar los sacrificios de las tiernas mitades. Los hombres, ocupados todo el día con sus obreros y con sus máquinas, y regresando, como regresan; ya tarde para comer y dormir, no hacen sacrificio muy grande con vivir aquí; pero las pobres mujeres, que viven solitarias en casas rodeadas de rocas titánicas, sin otra música que la que durante todo el día forman el chirriar de las máquinas y el estampido del trueno, necesitan, para no sentirse desgraciadas, ora poseer una imaginación muy romántica que las permita consolarse soñando que son princesas encantadas, cautivas en el castillo de algún genio, ora ser de un espíritu muy vulgar que las deje entregarse a la tarea de hacer calceta en tanto que retumba la catarata y no sentir más inconveniente, como resultado de la tormenta, sino el de tener que procurar ropa seca para su marido cuando éste regrese del trabajo.

Cuando llegamos al carruaje ya íbamos empapados, y en éste se metía el agua, de suerte que al volvernos a poner en marcha a través de la oscuridad siempre creciente por encima de estos caminos temerosos, pensamos que eran muy pocas las probabilidades con que contábamos de llegar aquella no-

che al suspirado término de nuestra jornada—. Después del infinito trabajo para los caballos, salimos de la región barrancosa y tornamos a encontrarnos en las grandes llanuras, donde los fatigados animales corrían sobre los campos, los fosos y las grandes piedras y pasaban por entre árboles y complicados matorrales. Un relámpago nos servía de guía de vez en cuando. Grande fue nuestro regocijo cuando, a eso de las once, un hombre que cabalgaba a la descubierta nos dió de gritos, avisando que ya se veían las luces de Tepenacasco, y mayor nuestra satisfacción cuando el coche rodó alrededor del estanque y se metió por el patio de la hacienda. Los habitantes nos recibieron con grandes aplausos y el descanso no nos vino mal, después de un día tan fatigoso y al mismo tiempo tan agradable—.

Méjico, 21

Antcayer salimos de Tepenacasco—. Nuestro viaje fue lo más peligroso, en razón de las grandes lluvias que habían hecho salirse de madre los torrentes, y especialmente porque la salida fue tarde y la mayor parte del viaje se hizo de noche—. En estas barrancas no es raro que las aguas arrastren los carruajes y los estrellen y despedacen en los precipicios. Para aumentar lo desagradable de nuestra situación, acabábamos apenas de salir cuando una terrible tempestad de truenos y de lluvia estalló con violencia todavía mayor que la de la noche pasada. Oscureció completamente, y no sin alarma oíamos el rugir de los torrentes sobre los cuales se nos figuraba muy dudoso el poder pasar, especialmente sobre uno que está cerca de Sopayuaca, donde pensábamos pernoctar—. El carruaje estaba inundado; pero era tanta nuestra alarma, que no nos fijábamos en fruslerías. Entre los mugidos del viento y los rugidos de la tempestad nos era imposible hablar, porque no nos oíamos los unos a los otros. Repentinamente, al vivo fulgor de un relámpago, vimos por un momento el temido torrente, y antes de que los cocheros pudiesen contenerlos, ya los caballos se habían precipitado en él.

Toro monstruoso

Fue un momento de mortal temor, que no lo olvidaré nunca—. Los alariados de los cocheros para dar ánimo a los caballos, los gritos de *Ave María Puri-*

sima, la incertidumbre de si nuestro pesado carruaje sería o no arrastrado por la corriente, la lucha de los caballos con el hirviente líquido, y el destino horrible que nos aguardaba en caso de que alguno de ellos cayera o por lo menos tropezara!... Todo era parte a aumentar nuestra ansiedad—. La señora de Adalid y yo cerramos los ojos y nos agarramos mutuamente de las manos y ciertamente ninguna de las dos respiró hasta que nos vimos en salvo del otro lado del torrente. Nos dijeron entonces que lo habíamos cruzado a pocos pies de distancia de un precipicio en el que un coche había sido hecho pedazos durante una de estas tormentas, con la consiguiente muerte de todos sus tripulantes; y también se nos hizo saber que, si en vez de viajar con caballos lo hubiésemos hecho con mulas, nos habríamos perdido sin remedio—. Ya podréis imaginar que no nos disgustó el vernos por fin en Sopayuca donde la gente salió a las puertas al ruido del carruaje y no podía creer por ningún motivo que hubiésemos atravesado el torrente aquella noche, puesto que dos o tres jinetes que habían salido en esa dirección tuvieron que regresar, declarando que el paso estaba impracticable—. Pronto trajeron luces y cena y por vía de entremés introdujeron en el comedor un monstruoso toro, que goza de gran fama en estos lugares, para que lo inspeccionáramos: lo sujetaban por medio de una cuerda atravesada en la geta; le llaman familiarmente “el Chatto” en razón de lo corto de sus cuernos—. Los relámpagos seguían muy vivos y nos dijeron que poco tiempo antes, y en ocasión que se hallaba en la capilla, una mujer había sido muerta por el rayo.

Nos levantamos a la mañana siguiente a las cuatro y seguimos rumbo a Méjico. La madrugada, como suele suceder después de estas tempestades, estaba particularmente fresca y bella; pero el sol se puso pronto pesado en las grandes llanuras. A eso de las dos entrábamos en Méjico por la puerta de Guadalupe. Encontramos nuestra casa *in statu quo*, agradables cartas de Europa, grandes preparativos para el baile inglés, con el fin de asistir al cual hemos anticipado nuestro regreso, y para el que acaba de concluirme un traje *mi femme de chambre*, que se encuentra muy satisfecha de su obra.